

CAPITULO VII.

PASCAL.

*El verdadero modo de filosofar es burlarse de la filosofía*<sup>1</sup>. Este dicho de Pascal nos indica bastante lo que él pensaba de esta ciencia tan vana en sus principios, tan variable en sus sistemas, y tan fatal en sus resultados. Ningun otro se

<sup>1</sup> *Pensamientos de Pascal*, tom. I, art. I.

manifiesta mas vivamente compadecido de la razon humana desamparada de la firmeza que la fe le presta. ¡ Con qué desden se burla de su ridicula presuncion! ; cómo le saca los colores á la cara! ; cómo le impone silencio, cuando por desgracia pronuncia una sola palabra antes de haber dicho *yo creo!* No hablamos aquí de Pascal para combatirle, sino al contrario, para manifestar la conformidad exacta de su doctrina con la nuestra, cuanto á los puntos que á esta se le han impugnado. Es bien sabido que para esto debemos citar pasages bastante largos de este grande escritor, pero ciertamente nadie se quejará de la extension de estas citas. Divide en dos clases todos los filósofos; los que afirman y los que dudan. Veamos lo que dice de unos y otros.

« No hay nada mas extraño en la naturaleza del hombre que las contrariedades en ella descubiertas con respecto á todo. Fué criado para conocer la verdad; la desea con ardor, la busca; y con todo, cuando procura asirla, se deslumbra y se confunde de tal suerte que él dá motivo á que se le dispute su posesion. Esto mismo ha producido las dos sectas de pirrónicos

« y dogmatizantes, de los cuales, unos han querido arrebatár al hombre todo conocimiento de verdad, y los otros tratan de asegurársela; pero cada cual con razones tan poco verosímiles que aumentan la confusion y el impedimento del hombre, cuando todavía no tiene otra luz que la de su naturaleza.

« Las causas principales en que se fundan los pirrónicos son, que no tenemos certeza alguna de la verdad de los principios, fuera de la fe y de la revelacion, sino en cuanto los conocemos naturalmente en nosotros mismos. Pero, no es este conocimiento natural una prueba convincente de la verdad de los tales principios; porque no teniendo por sí mismos certeza alguna, fuera de la fe, sea que el hombre haya sido criado por un Dios bueno ó un demonio malévolo, sea que haya existido en todo tiempo, ó que le haya formado el acaso, todavía es dudoso si se nos han dado estos principios verdaderos, falsos ó inciertos, con arreglo á nuestro origen. Además que nadie tiene seguridad fuera de la fe si duerme ó si vela, puesto que no se cree con menos frecuencia velar cuando se

« duerme que cuando efectivamente se vela.  
 « Créese ver los espacios, las figuras, los movi-  
 « mientos, se advierte pasar el tiempo, se le  
 « mide, por último, se obra como despierto. De  
 « modo que pasándose la mitad de la vida en dor-  
 « mir, por nuestra propia confesion, en este es-  
 « tado, aunque nos parezca lo contrario, no tene-  
 « mos idea alguna de lo verdadero, todos nuestros  
 « sentimientos son entonces ilusiones; ¿ quién  
 « sabe si esta mitad de la vida en que pensamos  
 « velar, no es tambien un sueño algo diferente  
 « del primero, del que despertamos cuando pen-  
 « samos estar durmiendo, como se sueña,  
 « amontonando sueños sobre sueños?

« Dejo los discursos que hacen los pirrónicos  
 « contra las impresiones de la costumbre, de la  
 « educacion, de los hábitos, de los países y otras  
 « cosas semejantes, que arrastran á la mayor  
 « parte de los hombres, quienes no dogmatizan  
 « sino sobre vanos fundamentos.

« El único fuerte de los dogmatizantes, es  
 « que hablando de buena fe y con sinceridad no  
 « se puede dudar de los principios naturales. Co-  
 « nocemos, dicen, la verdad, no solo por el dis-

« curso; sino tambien por sentimiento y por una  
 « inteligencia viva y luminosa; y segun este úl-  
 « timo modo, es como conocemos los primeros  
 « principios. Es inútil que el discurso pruebe á  
 « combatirlos, pues que no tiene parte en ellos.  
 « Los pirrónicos, cuyo único objeto es solo este,  
 « trabajan para ello inútilmente. Sabemos que  
 « no soñamos, por mas impotentes que seamos  
 « para probarlo mediante la razon. No concluye  
 « otra cosa esta impotencia que la debilidad de  
 « nuestra razon, pero no la incertitud de todos  
 « nuestros conocimientos, como ellos preten-  
 « den; porque el conocimiento de los primeros  
 « principios, por ejemplo, que hay *espacio*,  
 « *tiempo*, *movimiento*, *número*, *materia*, es tan  
 « firme como cualquier conocimiento que nues-  
 « tros discursos nos prestan. Y en estos conoci-  
 « mientos de inteligencia y de sentimiento, debe  
 « apoyarse la razon y fundar todo su discurso.  
 « Conozco que hay tres dimensiones en el espa-  
 « cio, que los números son infinitos; y la razon  
 « demuestra despues que no hay dos números  
 « cuadrados de los que el uno sea el doble del  
 « otro. Los principios se conocen, las proposi-

« ciones se concluyen ; todo con certeza aunque  
 « por caminos distintos. Es tambien ridiculo que  
 « pida la razon al sentimiento y á la inteligencia,  
 « pruebas de estos primeros principios para  
 « consentirlos, y sería ridiculo que la intelligen-  
 « cia pidiese á la razon un sentimiento de todas  
 « las proposiciones por ella demostradas. Luego  
 « no puede esta impotencia servir sino para hu-  
 « millar la razon que de todo querría juzgar, mas  
 « no para combatir nuestra certeza, como si no  
 « hubiera nada mas que la razon capaz de ins-  
 « truirnos. ¡ Ojalá que nunca la necesitemos,  
 « y que conociésemos todas las cosas por ins-  
 « tinto y por sentimiento ! Pero la naturaleza  
 « nos ha negado este bien, dándonos muy pocos  
 « conocimientos de esta clase : todos los demas  
 « solo pueden adquirirse por el raciocinio. »

Resumidos así los argumentos de los escépticos y dogmatizantes, continua Pascal en estos términos :

« Ya tenemos la guerra declarada entre los  
 « hombres. Cada uno debe tomar su partido y  
 « su rango, declararse por el dogmatismo ó  
 « el pirronismo ; pues quien pensase quedar

« neutral sería pirrónico por excelencia : esta  
 « neutralidad es la esencia del pirronismo ; y el  
 « que no está contra ellos, está manifestamente  
 « por ellos. ¿ Qué hará pues el hombre en tal es-  
 « tado ? ¿ Dudará de todo ? ¿ Dudará si vela, si  
 « le punzan, ó le quemán ? ¿ Dudará si duda ?  
 « ¿ Dudará si existe ? Es imposible llegar á tal  
 « extremo ; y yo tengo por cierto que jamas hubo  
 « un pirrónico efectivo y perfecto. La naturaleza  
 « sostiene la razon débil y no la permite dispa-  
 « ratar hasta este punto. ¿ Dirá, por el contrario,  
 « que conoce ciertamente la verdad, este mismo  
 « que, por poco que se le estreche, no puede  
 « mostrar ningun título, y tiene por fuerza que  
 « soltar la presa, y darse por vencido ?

« ¿ Quién pondrá en claro este embrollo ? *La na-  
 « turaliza confunde á los pirrónicos, y la razon á  
 « los dogmatizantes.* ¿ En qué pararás, ó hombre,  
 « que buscas tu verdadera condicion por tu pro-  
 « pia razon natural ? *No puedes escapar de una  
 « de estas dos sectas, ni subsistir en ninguna'.....*

« Esto es lo que puede el hombre por sí mis-

† *Pensamientos de Pascal, tom. II, art. I.*

« *no y por sus propios esfuerzos con respecto á*  
 « *lo verdadero y al bien. Tenemos que probar*  
 « *una impotencia, invencible á todo el dogmatis-*  
 « *mo: tenemos una idea de la verdad, invenci-*  
 « *ble á todo el pirronismo. Deseamos la verdad,*  
 « *y no hallamos en nosotros mas que incertitud.*  
 « *Buscamos la felicidad, y no encontramos mas*  
 « *que miseria. No podemos menos de desear la*  
 « *verdad y la felicidad, y somos incapaces de la*  
 « *certeza y de la felicidad: nos ha quedado este*  
 « *deseo tanto para castigarnos como para darnos*  
 « *á conocer el punto de donde hemos cai-*  
 « *do.* »

Impotencia para probar, impotencia de dudar, he aqui pues, segun Pascal, el estado del hombre que busca la verdad por sola su razon. El advierte, que Montaigne, en sus *Essais*, « des-  
 « truye insensiblemente cuanto pasa por mas  
 « cierto entre los hombres, no para establecer lo  
 « contrario, con una certeza, á sola la cual se  
 « muestra enemigo; sino solo para manifestar,  
 « que siendo iguales las apariencias en ámbas

<sup>1</sup> *Pensamientos de Pascal*, tom. II, art. I.

« partes, no se sabe donde fijar la creencia....  
 « Tan fluctuante é incierto como está, y apoyán-  
 « dose en este punto, es como combate con una  
 « firmeza invencible, á los hereges de su tiempo,  
 « por que aseguraban conocer ellos solos el ver-  
 « dadero sentido de la Escritura; y asimismo,  
 « aterra la horrible impiedad de los que se atre-  
 « ven á decir que Dios no existe. Les emprende  
 « especialmente en la apologia de Raimundo de  
 « Sebonde viéndolos *voluntariamente despojados*  
 « *de toda revelacion y abandonados á la luz na-*  
 « *tural, haciendo abstraccion de la fe*<sup>1</sup>, les pre-  
 « gunta con qué autoridad, se ponen á juzgar  
 « del Ser soberano, infinito por su propia de-  
 « finicion, ¡siendo asi que ellos no conocen  
 « verdaderamente ni aun la cosa mas mínima  
 « de la naturaleza. Pregúntales en qué princi-  
 « pios se fundan, y les insta para que se los  
 « muestren. Examina cuantos pueden ellos pre-  
 « sentar, y tanto profundiza por lo eminente  
 « de su talento, que patentiza la vanidad de

<sup>1</sup> *Pensamientos de Pascal*, tom. I, art. XI.

<sup>2</sup> Todos los filósofos se ponen precisamente en este estado.

« tantos como pasan por mas ilustrados y mas  
 « firmes. Pregunta si el alma conoce alguna co-  
 « sa ; si se conoce á sí misma ; si es substancia ó  
 « accidente, y si hay algo que no pertenezca á  
 « una de estas dos órdenes ; si ella conoce su  
 « mismo cuerpo ; si sabe qué cosa es materia ;  
 « como puede discurrir, si es materia ; y como  
 « puede unirse á un cuerpo particular , y como  
 « puede afectarse por las pasiones siendo ella  
 « espiritual. ¿ Cuándo comienza á existir ? ¿ Al  
 « mismo tiempo que el cuerpo , é despues de  
 « existir este ? ¿ Acaba con él ó no ? ¿ No se equi-  
 « voca ella jamas ? ¿ Sabe cuando yerra, visto que  
 « la esencia de la equivocacion consiste en des-  
 « conocerla ? Pregunta además si discurren los  
 « animales, si piensan, si hablan ; quién puede  
 « decidir lo que es el tiempo, el espacio, la exten-  
 « sion, el movimiento, la unidad, cosas todas que  
 « palpamos y que son absolutamente inexplica-  
 « bles ; que es salud, enfermedad, muerte, vida,  
 « bien, mal, justicia, pecado, de que hablamos á ca-  
 « da paso ; si tenemos en nosotros mismos princi-  
 « pios de lo verdadero, si los que admitimos y que  
 « llamamos axiomas, ó nociones comunes á todos

« los hombres, son conformes á la verdad esen-  
 « cial. Ya que no sabemos, sino por la fe sola,  
 « que un Ser todo bueno nos los ha dado verda-  
 « deros al criarnos para conocer la verdad ;  
 « ¿ quién podrá saber, privado de esta luz de la  
 « fe, si, habiendo sido formados al acaso, no  
 « serán inciertas nuestras nociones, ó si habién-  
 « dolo sido por un ser falso y malévoló no nos  
 « las dió falsas con el intento de seducirnos ?  
 « Manifestando por esto, que Dios y lo verda-  
 « dero son inseparables, y que si el uno existe ó  
 « no existe, si es cierto ó incierto, es el otro neces-  
 « riamente lo mismo. ¿ Quién sabe si el sen-  
 « tido comun, que por lo regular tomamos co-  
 « mo juez de lo verdadero fué destinado para  
 « esta funcion por quién le crió ? ¿ quién sabe  
 « lo que es la verdad ? y ¿ cómo puede uno li-  
 « songearse de haberla alcanzado sin conocerla ?  
 « ¿ Quién sabe aun lo que es un ente, siendo  
 « imposible definirle, no habiendo nada mas ge-  
 « neral, y cuando seria preciso para explicarle  
 « servirse del Ser mismo, diciendo él es tal ó  
 « tal cosa ? Luego si no sabemos lo que es alma,  
 « cuerpo, tiempo, espacio, movimiento, verdad,

« bien, ni aun el *ente*, ni explicar la idea que de todo esto formamos; ¿ cómo asegurarnos de que ella es la misma en todos los hombres? »  
 « No tenemos en esto otra señal que la uniformidad en las consecuencias, y ella no es siempre señal de la de los principios, porque pueden muy bien estos ser diferentes y conducir á las mismas conclusiones, cuando todos saben que muchas veces, lo verdadero se concluye de lo falso.

« En fin Montaigne examina profundamente las ciencias; la geometría, cuya incertitud procura demostrar en los axiomas y términos que ella no define, como que son de *extension*, de *movimiento*, etc.; la física y la medicina que de-

Pascal hace la misma observacion en otra parte. « Suponemos que todos los hombres conciben, y sienten del mismo modo los objetos que se les presentan: pero lo suponemos sin fundamento alguno, porque no tenemos pruebas para ello. Veo bien se aplican los mismos términos en las mismas ocasiones, y que siempre que ven los hombres, por ejemplo, la nieve, expresan la vista de este mismo objeto en los mismos términos, diciendo que es blanca; y de esta conformidad de aplicacion se deduce una conjetura poderosa de conformidad de ideas: pero esto no es del todo convincente. aunque pueda muy bien apostarse á que sí. » *Pensamientos*, tom. I. art. VI.

« prime de mil modos; la historia, la política, la moral, la jurisprudencia, etc. De forma que, sin la revelacion, podríamos creer, segun él, que la vida es un sueño del que no despertamos hasta la muerte, y durante el cual, tenemos tan pocos principios de lo verdadero como durante el sueño natural. Tan fuerte y cruelmente reconviene él á la razon desposeida de la fe, que, obligándola á dudar si ella misma es racional, si lo son ó no los animales, y si lo son mas ó menos que el hombre, la hace descender de la excelencia que se ha atribuido á sí misma, y la pone por mucho favor, en paralelo con las bestias, sin permitirle salir de este predicamento, hasta que la instruya el mismo Criador, de su rango, por ella ignorado: amenazándola si se incomoda, colocarla inferior á todas, lo que le parece tan fácil como lo contrario; y por lo mismo, no dándole poder para obrar en mas que para reconocer su flaqueza con una humildad sincera, en lugar de elevarse por una loca vanidad. No se puede ver sin gusto, en este autor, la orgullosa razon tan invenciblemente abatida por sus propios

« argumentos, y esta rebelion tan sangrienta del  
 « hombre contra el hombre, que le precipita á  
 « la condicion de las bestias, desde la sociedad  
 « con Dios, donde ascendia por las máximas de  
 « su débil razon; y se amaría íntimamente al  
 « ministro de tan grande venganza, si siendo  
 « humilde discípulo de la Iglesia por la fe, hu-  
 « biera seguido las reglas de la moral, condu-  
 « ciendo á los hombres, por él con utilidad hu-  
 « millados, á no irritar con nuevos crímenes al  
 « que solo puede sacarlos de aquellos, que él  
 « los ha convencido de no poder ni aun cono-  
 « cerlos <sup>1</sup>. »

Tan convencido estaba Pascal, de que abandona-  
 nada la razon á sus propias fuerzas nada puede  
 establecer con solidez, que ni aun la juzga capaz  
 de llegar por sí misma al conocimiento de Dios.  
 « No trataré, dice, de probar *con razones natu-  
 « rales*, ó la existencia de Dios, ó la Trinidad,  
 « ó la inmortalidad del alma, ni cosa alguna  
 « de esta clase, no solo porque *no me recono-  
 « ceria bastante capaz de hallar en la naturaleza*

<sup>1</sup> *Pensamientos de Pascal*, tom. I, art. XI.

« *con que convencer á los ateos obstinados*, sino  
 « aun porque este conocimiento, sin Jesucristo,  
 « es inútil y estéril <sup>1</sup>. »

Nada exceptua absolutamente de esta incerti-  
 tud natural, de donde no puede salir sino por la  
 fe. Hablando de los filósofos, tanto escépticos  
 como dogmatizantes, dice: « Es preciso que se  
 « estrellen y aniquilen para hacer plaza á la ver-  
 « dad de la revelacion <sup>2</sup>. » Y aun: « Es el hom-  
 « bre para sí mismo el objeto mas prodigioso de  
 « la naturaleza, porque no puede concebir lo  
 « que es el cuerpo, y aun menos lo que es el  
 « espíritu, y menos que alguna otra cosa, como  
 « puede un cuerpo unirse con un espíritu. Este  
 « es el colmo de sus dificultades, y sin embargo  
 « esto mismo es su propio ser..... No es pues el  
 « hombre, mas que un ente lleno de errores,  
 « *indelebles sin el auxilio de la gracia*: nada le  
 « presenta la verdad; todo le engaña. Los dos  
 « principios de verdad, razon y sentidos, ade-  
 « más de que muchas veces les falta la sinceri-

<sup>1</sup> *Pensamientos de Pascal*, tom. II, art. III.

<sup>2</sup> *Ibid.*, tom. I, art. XI.

«dad, se engañan mutuamente uno al otro.  
 «Engañan los sentidos á la razon por falsas  
 «apariencias; y esta misma fullería que le hacen,  
 «la reciben de ella á su vez : y así se desquita.  
 «Las pasiones del alma conturban los sentidos  
 «y les hacen impresiones fastidiosas : mienten  
 «y se engañan á cual mas ».

Pensamos confesará ya todo el mundo que nada hemos dicho de la flaqueza de nuestra razon, y de su impotencia para probar algo, sea lo que fuere, antes de haber hallado á Dios, que no lo haya dicho Pascal igualmente, casi dos siglos ha sin que nadie haya pensado contradecirle. No debe creerse, á pesar de esto, lesigamos en todo, y que no haya diferencia alguna entre sus ideas y las nuestras. No siempre podía este hombre eminente moderar la fuerza de su grande ingenio. Avanzaba demasiado constituyendo al hombre entre una duda absoluta y la fe de la revelacion, lo que nos parece quita el vigor á las pruebas de esta revelacion misma; porque nada indica la intencion de Pascal, sobre comprender

<sup>1</sup> *Pensamientos de Pascal*, tom. I. art. VI.

en esta palabra la primera revelacion, hecha por Dios, de sí mismo al hombre cuando le crió, y la cual es á un tiempo el origen de nuestros conocimientos y el constitutivo de su certeza. Vió él muy bien debia comenzar la razon por la fe; *el entendimiento*, dice, *crece naturalmente*<sup>1</sup>; pero puede creer lo verdadero y lo falso; luego necesita de una regla de creencia: ¿cuál es esta? Pascal no la da, ó, no la da sino para la Religion, y para quienes, persuadidos de la verdad del Cristianismo, reconocen la necesidad de someterse á la autoridad de la Iglesia, sin la que no hay Cristianismo. Pero, no habiendo distinguido la fe inherente á nuestra naturaleza, de la fe cristiana, la razon individual de la razon general, ó la razon de cada hombre de la razon humana; no le deja medio alguno natural ó *razonable* de salir de la incertitud en que la ha sumergido: porque por una parte confiesa, *que Dios y lo verdadero son inseparables, y que si el uno existe ó no existe, si es cierto ó incierto, es el otro necesariamente lo mismo*; y por otra, *sereconoce él mismo incapaz*

<sup>1</sup> *Pensamientos de Pascal*, tom. I, art. X.

de probar la existencia de Dios con razones naturales. ¿No es esto enervar toda la fuerza de los motivos de credibilidad, que Pascal mismo trataba de establecer en la obra que preparaba sobre la Religión cristiana? Admitimos como él que la filosofía jamás ha producido ni podido producir otra cosa que la duda; pero además de esto, mostramos (cosa que él no hizo) tiene el hombre *en su naturaleza*, un medio de llegar al conocimiento cierto de la verdad. Esto se verá claramente cuando exponamos nuestra propia doctrina, ó mas bien la del género humano, y la necesidad en que se nos ha puesto de defenderla nos obliga á hacerlo notar.

## CAPITULO VIII.

BOSSUET, NICOLE, EULER.

Bossuet, á lo que sabemos, nunca trató de intento la cuestión sobre la certeza. Seguía en esta parte la filosofía recibida en su tiempo, y nada en efecto le precisaba á emprender un examen, si no le era necesario para combatir los errores